

príncipes, y nada debía á la verdad inducir de nuevo á la fe á los pueblos de un modo tan eficaz, como las virtudes cristianas de esta augusta familia, y los ejemplos edificantes que estaba dando al mundo. Restableció el monarca las antiguas ordenanzas del reino sobre las observancias de los domingos y de las fiestas, y las cámaras adoptaron despues la misma ley. Las procesiones de Corpus interrumpidas en muchos parages desde largo tiempo, se hicieron por todas partes con grande solemnidad. Una ordenanza destinó limosneros á cada hospital militar, donde se hallaban destituidos de toda clase de socorro los soldados heridos y los moribundos. Otra ordenanza no menos importante se publicó, á 5 de octubre de este mismo año, relativamente á los seminarios pequeños. Hallábase reducido su número desde el decreto de Bonaparte, dado á 5 de noviembre de 1811, habiéndose apoderado este de las casas y de los muebles de los que se suprimieron y ordenado que los alumnos frecuentasen los liceos. Este decreto habia suscitado reclamaciones, que no fueron atendidas, y los obispos estaban solicitando ahincadamente que se rompiesen estos obstáculos introducidos durante accesos de cólera y en tiempos de odio á la religion. El rey decidió que estos seminarios quedasen bajo la dependencia de los obispos, los cuales podrian establecerlos donde mejor les pareciese, nombrando á sus maestros. Quiso á la par que los alumnos estuviesen dispen-

sados de visitar los liceos y de pagar las retribuciones de la Universidad. Recibióse esta medida de S. M. con reconocimiento en las diócesis, y seguramente que no será sino el prelude de disposiciones mas favorables todavía, cuando circunstancias mas tranquilas permitan la aplicacion de los remedios eficaces á los males de la religion, y cuando las dos potencias hayan establecido de acuerdo sobre bases duraderas los negocios de la Iglesia de Francia.

— El 14 de mayo, entra el rey de España en Madrid. Este año podia llamarse con justo título el año de la restauracion general, puesto que muchos soberanos recobraron la plenitud de los derechos de que les habia despojado el despotismo. Fernando VII, uno de los que mas habian sufrido durante la tiranía de Bonaparte, se hallaba confinado, seis años hacia, en Valençay, sin ninguna comunicacion con sus súbditos, y privado de los servicios de los Españoles que le habian permanecido fieles. Cuando Napoleon vió la España enteramente reconquistada por sus naturales y arrojados todos sus ejércitos de este pais, se resolvió por fin á soltar su presa y abandonar la fantasma de rey que habia creado, el cual se habia visto obligado á huir. De consiguiente abrió negociaciones con Fernando y le propuso su vuelta á sus Estados. Acaso se lisonjeó que la presencia de este príncipe seria la manzana de la discordia para España, donde el partido de las cortes tenia una grande

influencia. Sea lo que se fuere, reconocióse la integridad de España en un tratado concluido á 11 de diciembre de 1813; mas no pudiendo desprenderse de sus proyectos, el ambicioso conquistador, suscitó nuevas dificultades que retardaron la ejecucion del tratado; y no salieron de su cautiverio Fernando y los infantes don Antonio y don Carlos hasta el mes de marzo. A 21 de este mes pisó el rey el suelo español, y el infante don Carlos, antes de marchar completamente libre, tuvo que permanecer algunos dias en Perpiñan. Hallábanse reunidas á la sazón las cortes y discutian un proyecto de constitucion que querian dar al reino, y parece que su intencion era no reconocer al rey hasta despues que hubiese adoptado este acto. Tal fué el objeto de algunas negociaciones, para las cuales el cardenal de Borbon, arzobispo de Toledo, primo del rey y presidente de la regencia, fué al encuentro del monarca hasta Valencia. Mas antes de entrar en la capital, Fernando quiso visitar algunas poblaciones, especialmente aquellas que mas se habian distinguido por su entusiasmo y su valor; y es muy probable que deseaba á la par asegurarse en estos viages de la disposicion de los pueblos y de las cortés. Harta ocasion tuvo de quedar satisfecho de esta prueba; su juventud, su afabilidad, y sus desdichas le grangearon votos unánimes. Agolpábanse por todas partes los habitantes á su paso, y la alegría y entusiasmo parecia acrecentarse con los dias. El prestigio de las cortes

iba disminuyendo á proporcion, y su language volvia algun tanto reservado. Dos veces habian escrito al rey para inducirle á que se fuese á Madrid, y, aunque con respeto, le solicitaban que jurase y prometiese observar la nueva constitucion. Mas el clero, el ejército y el pueblo cuidaban poco de un orden de cosas que se suponía solo propio para el provecho de unos cuantos. El 4 de mayo, publicó Fernando una proclama, donde daba cuenta de su conducta y echaba en rostro á las cortes la suya; exhortaba á sus súbditos á la union y al olvido de lo pasado, y anunciaba el proyecto de dar él mismo una constitucion tal como se pudiese desear. Tal fué el fin del reinado de las cortes, contra las cuales se declaró el pueblo de Madrid el 11 de mayo. Prendióse á los principales miembros que no se juzgaron, y se envió á los de la regencia al castillo de Villaviciosa. La llegada del rey á Madrid acabó de disipar el partido que le habian opuesto. Habiendo recorrido á pie la poblacion á 5 de mayo, promovió en el pueblo estremitos trasportes de regocijo. Hasta se vió en la precision de moderar el celo de sus súbditos y de prohibir las vias de hecho, que se tomaban en algunos pasages contra los partidarios de las cortes. El cardenal de Borbon recibió la orden de partirse á su diócesis, y los obispos, á quienes habian desterrado las cortes, recobraron su libertad. Grande fué la estimacion que manifestó el rey al piadoso y santo obispo de Orense, el cual habia desco-

llado entre los mas celosos en favor de la autoridad real. Los sacerdotes y religiosos que habian sido trasportados á Francia iban regresando de su cautiverio. Una infinidad de estos desdichados habia sucumbido de miseria, de fatiga, ó á consecuencia de los malos tratos; y los demas habian sobrellevado toda clase de privaciones. Harto es sabido con que odiosa inhumanidad hacia tratar Bonaparte á estos valerosos amigos de su país, á quienes tenia la desvergüenza de llamar rebeldes. Afortunadamente en muchas ciudades de Francia, los habia socorrido la caridad de los fieles, aliviando con su consuelo el peso de sus desdichas. Inmediatamente tomó Fernando medidas en favor del clero. Ordenóse la restitucion de los bienes eclesiásticos vendidos, medida que no tuvo grandes inconvenientes en España, donde tales bienes no encontraron compradores, siendo estos extranjeros que especularon en estas ventas del modo mas escandaloso. Ordenóse tambien la vuelta de los religiosos en sus conventos, se prohibieron las sociedades secretas, y se recomendó á los obispos que vigilasen acerca de ello. Nombróse para el arzobispado de Sevilla al respetable obispo de Orense, de Quevedo, el cual rehusó esta pingüe prelatura, pidiendo que no lo alejasen de su modesta silla. Llamóse á la capital al nuncio del Papa el S. Gravina, arzobispo de Nicea, el cual no habia querido reconocer á José, y habia incurrido igualmente en el desagrado de las cortes. El estado de la religion

de España, despues de tantas guerras y calamidades, era deplorable. El rey redujo todos sus conatos á cerrar su herida y se vió con gozo á un príncipe joven ofrecer en su conducta el ejemplo de la piedad, al propio tiempo que se consagraba á hacerla reflorar con sus mandatos.

— El 24 de mayo, Pio VII entra en Roma. Difirióse la vuelta del soberano pontífice á la capital á causa de ciertas circunstancias. Habíase á la verdad evacuado á Roma á 11 de marzo, saliéndose de ella el cuerpo francés que la ocupaba, y se hubiese podido celebrar al 21 del propio mes conforme la costumbre, el aniversario de la coronacion del Papa. Sin embargo, no se hallaba en la actualidad completamente libre, puesto que un cuñado de Bonaparte, Murat, al cual habia enviado como rey á Nápoles, ocupó el Estado romano con sus tropas. Si consentia volver al Papa en Roma y las provincias circunvecinas, de los cuales habia formado el último gobierno los dos departamentos de Roma y de Trasimene, pretendia al mismo tiempo quedarse con Ancona y las Marchas, creyéndose autorizado á ello en virtud de un tratado concluido con el Austria, el cual le permitia un aumento de territorio. Por su parte reclamaba el soberano pontífice esta porcion tan importante del dominio de la Iglesia, y parece que estas negociaciones fueron la causa del retardo de la vuelta del Papa á Roma. Al propio tiempo estaba aguardando á los cardenales á quienes habia desparramado

Bonaparte en diferentes ciudades de Francia, y estos se apresuraron á tomar el camino de Italia, luego que vieron abatido ya al coloso. El 4 de mayo dirigió el Papa una proclama á sus súbditos anunciándoles el envio de un delegado, el prelado Rivalora, el cual llegó á Roma el 10 y recibió la administracion de manos de los comisionados napolitanos. Abolió en seguida todas las innovaciones decretadas por Bonaparte, los diferentes códigos, el estado civil y los nuevos impuestos. Al mismo tiempo mandó el Papa partir para Francia al prelado della Genga, en calidad de nuncio extraordinario, y encargado de felicitar á Luis XVIII, por su vuelta al dominio de sus padres. Tambien mandó á París al cardenal Consalvi, secretario de Estado, á fin de litigar cerca de los soberanos aliados la causa de la santa Sede, y obtener la entera restitucion de sus dominios. Cuando este cardenal llegó á París, se encontró con que ya habian salido los soberanos: fuése á Londres, donde se hallaban el emperador de Rusia y el rey de Prusia, vió á estos monarcas y mereció una audiencia pública del príncipe regente de Inglaterra. Presentóse en traje de cardenal; lo cual cien años antes hubiese bastado para promover una revuelta en Londres, y pegar fuego en los tres reinos. El 6 de julio, asistió el cardenal á una misa solemne de accion de gracias, cantada en la capilla del vicario apostólico por la vuelta del Papa á sus Estados. Sin embargo los votos de todos los habitantes de Roma estaban

reclamando el Papa á la capital, y su entrada en esta célebre ciudad se señaló con una afluencia y una pompa extraordinaria y todavía mas con los arranques de alegría y entusiasmo del pueblo que aumentaba el recuerdo reciente de la usurpacion y de los males que se habian sufrido. No solamente habia allí Roma que recobraba á su soberano, sino la Iglesia que recobraba á su gefe; y toda la catolicidad entera debió tomar parte en este triunfo de la religion sobre sus enemigos, y de la paciencia sobre los desenfrenos de la ambicion. La presencia de muchos antiguos soberanos contribuyó á dar á la fiesta un caracter todavía mas imponente, y no parecia sino que se habian encontrado en Roma para adornar el acompañamiento del Pontífice. Véase en efecto á la vez al rey de España Carlos IV, á la reina su esposa, al infante don Francisco, su hijo, á la reina de Etruria y á su hijo, al antiguo rey de Cerdeña Carlos Manuel IV, y á la duquesa de Chablais, su cuñada, los cuales hicieron honor á su piedad con el tributo de respetos que estaban rindiendo al santo Padre. El clero, la nobleza, las tropas austriacas, fueron al encuentro del Papa, el cual pasó á la basílica de San-Pedro en medio de las oleadas del pueblo, y entró triunfante en ese mismo palacio Quirinal, de donde cinco años atrás se lo habian llevado con tanta violencia. Con esto la Iglesia salia de nuevo victoriosa de una lucha tan terrible; la barca de san Pedro entraba aun en el puerto, y el que manda los vientos y

borrascas hacia brotar la calma del mismo seno de la tormenta. Mas ¡que de males habia que destruir! ¡que de heridas habia que cerrar! ¡que de ruinas habia que remover! Hallábanse dispersas las aras del santuario, invadidos los establecimientos eclesiásticos, aniquiladas las fundaciones mas respetuosas por su objeto, vendidos los conventos, y las iglesias convertidas en locales para profanos usos. Las congregaciones, los colegios, los tribunales, toda la administracion espiritual y temporal en fin habia sido disuelta. En medio de tantos escombros el soberano Pontífice procedió con esa sabia lentitud que proporciona los remedios al mal. Solo se pusieron presos á algunos individuos culpables de felonía, y por haber prestado su ministerio en 1809 á los que se llevaron al Pontífice. Despojóse de sus títulos á algunos prelados que se habian convertido en agentes de la tiranía, y se ordenó á todos los que habian tomado parte en la usurpacion que se retractasen, y á algunos que se fuesen á un retiro por un dado tiempo, que fué corto. La mayor parte lo practicaron antes de recibir la orden, y dieron muestras de sincero arrepentimiento. Una instruccion, publicada á 5 de julio, reguló el modo como debia tratarse á cada cual, conforme la gravedad de su delito. Privóse á un número muy reducido de sus beneficios, y otros quedaron interdichos por mas ó menos tiempo. Esta instruccion atestigua la sabiduría y moderacion del Pontífice, el cual sabia conciliar la adhe-

sion á las reglas y la observancia de la disciplina con los movimientos de la caridad; y era tal su indulgencia, que poco tiempo despues concedió una amnistía en su edicto del 27 de julio. Gozosa estaba viendo Roma el regreso de sus cardenales, prelados y sacerdotes, dispersos por la tempestad; los cuales, por precio de su fidelidad, habian languidecido en la carcel y en el destierro. La Alemania, la Francia, la Italia y las islas, habian sido los teatros de sus sufrimientos, y ellos habian derramado por todas partes la edificacion con su corage y sus virtudes. Acogióseles ya en el camino con ese interés que inspira la desdicha, y se formó, entre otras en Modena, una asociacion para acudir á sus necesidades, y tributarles los servicios de una caridad officiosa. Restablecióse gradualmente el orden en Roma, las congregaciones se formaron de nuevo, y se volvieron á abrir las comunicaciones con las diferentes partes de la cristiandad. El Papa dispuso que se consagrasen de nuevo á la religion los edificios abandonados á usos profanos, y las corporaciones religiosas le merecieron muy particularmente la atencion. Habíanse resentido estas corporaciones de la persecucion, y era oportuno que el gefe de la Iglesia, protector de una institucion que ha sido tan util al cristianismo, aplicase gran parte de sus cuidados á conservarla en un estado floreciente. Aun cuando quedase estinguida en todas partes debia hallar un asilo en la metrópoli de la cristiandad. Aseguróse una pension á los religio-

sos, en tanto que se disponian los conventos para recibirlos en sus celdas, y se devolvieron á los titulares de bienes eclesiásticos, los que no se habian enagenado. El 23 de julio, llegó á Roma, en calidad de embajador del rey de Francia, el señor Cortois de Pressigny, antiguo obispo de San-Malo, encargado de seguir las negociaciones para los asuntos de la Iglesia de Francia; y el santo Padre formó en seguida una congregacion de cardenales y prelados para ocuparse en este objeto. Tambien fueron llegando sucesivamente los ministros plenipotenciarios de las potencias católicas, y los de las potencias protestantes que tienen súbditos católicos. A fines de junio se hallaba reunida en Roma la mayor parte de cardenales y prelados. No hubo mas que un cardenal á quien se prohibiese asistir á las ceremonias y á las reuniones de sus colegas, y se mandó á la par á un vicario apostólico marcharse á su diócesis de Montefiascone que habia abandonado. — No solamente renacian en Roma el orden y la tranquilidad á la sombra de su gobierno legítimo, todo el norte de Italia se hallaba igualmente libre de la usurpacion estrangera. Una revolucion acaecida en Milan, á 20 de abril, habia arrojado á los Franceses de este pais, y, habiéndose apoderado de su gobierno las autoridades austriacas habian acabado de sofocar los gérmenes de las revueltas. Una proclamacion, publicada en Venecia, á 10 de marzo, reconoció los derechos de la Iglesia sobre el matrimonio, y anuló las disposiciones del código

de Bonaparte relativas á este punto. Un decreto de la regencia imperial, del 15 de junio, prohibió el divorcio, y se tomaron medidas contra las reuniones de los francmasones. El Piamonte recobró tambien sus antiguos amos. Carlos Manuel IV, rey de Cerdeña, renunciando el trono en 1802, para vivir en las prácticas de la piedad, habia cedido sus derechos á Victor Manuel, su hermano, duque de Aoste, el cual habia permanecido en Cerdeña hasta la caida de Bonaparte; y se apresuró en esta ocasion á volver al continente para tomar posesion de sus Estados. Desembarcó en Génova á 9 de mayo, y llegó el 20 á Turin, de donde lo habian desterrado los Franceses, cuando invadieron este pais. Desde luego anuló las leyes nuevas que se habian confeccionado; abolió la conscripcion y los nuevos impuestos, y todo lo restableció bajo el antiguo pie. El 10 de junio, concedió una amnistía por los hechos de la revolucion, y prohibió las sociedades secretas. Manifestaba este príncipe las intenciones mas religiosas, y daba á sus súbditos el ejemplo de la piedad. Igualmente entró en posesion de la Toscana el archiduque Fernando, al cual se habia hecho salir; y la reina de Etruria, á la que se habia dado este Estado en indemnizacion del ducado de Parma, del cual la despojaron luego en 1807, abrió negociaciones para las indemnizaciones que se le debian. Esta princesa, infanta de España, habia participado de los desastres de su familia. Enviada de Toscana á España, y despues á Fran-